

que el de la caridad pública, ni otro abrigo que los árboles y cuevas del camino por donde pasaba; Dios sin embargo era con él.

Nuestro peregrino llamó con su bastón á la puerta del convento en una fria noche de invierno. Arreciaba el viento y la tierra estaba cubierta de hielo.

Abrióle el portero.

— Por quién preguntais, buen hombre?

— Por el prior del convento.

— Está muriéndose: proseguid vuestro camino!

Y el portero se alejó.

— Hermano mio; la bendicion del cielo sea con vos!

Y dicho esto, el antiguo soldado comenzó á orar.

Al cabo de algunas horas llamó de nuevo.

Volvió el portero.

— En nombre de Dios, hermano mio, dejadme ver al prior del convento.

El fraile portero le rechazó brutalmente con el pié.

— La bendicion del cielo sea con vos, hermano mio!

Y tornó el antiguo soldado á su rezo.

Comenzaba á rayar el alba cuando llamó tercera vez.

De nuevo se presentó el portero, pero aquella vez no estaba solo.

— En nombre del glorioso San Bruno que me envia, hermanos mios, dejadme ver al prior del convento.

— Entrad, — dijo el monje que estaba en compañía del portero, tendiendo la mano al viejo soldado para ayudarle á levantarse.

El prior estaba moribundo en su lecho, rodeado de sus monjes.

— Marchaos, hermanos mios, — les dijo con voz apagada.

Pero hizo seña al recién llegado para que se quedara.

Era este un anciano de bella presencia y barba blanca.

Permanecieron pues los dos ancianos mas de una hora encerrados en la celda.

Entraron despues los monjes cuando los llamó el prior

— Hermanos mios, — les dijo, — bendecid al Señor de todo corazon porque se ha dignado hacer un milagro en favor de nuestro convento. Este anciano, — y señaló con el dedo el antiguo soldado — es su enviado. Haced que sea mi sucesor.

Y diciendo esto espiró.

Un año despues, toda la comunidad se hallaba reunida tambien en torno del lecho de un agonizante: era su último prior, el antiguo novicio de la Cartuja de Gaillon, el fugitivo de San German de los Prados, el pescador del Rhin, el *vaitre* renegado, el *bravo*, el asesino en la noche de San Bartolomé, el furibundo partidario de la Liga, el satélite de Enrique III, el soldado de Enrique IV, el hombre que habia tenido tanta parte en las infamias y crímenes de su tiempo, el pecador arrepentido, el enviado de San Bruno, en fin.

Y todos los monjes permanecian arrodillados y llorando ante los restos del que tan santamente habia terminado su vida.

Ahora bien, la historia que nos cuenta Brot es la del prior que hizo varias reformas en los estatutos que Guignes habia dado, añadiendo algunos rígidos artículos, ordenando que en adelante los *rendus* pudiesen llegar á ser sacerdotes como tambien monjes, instituyendo además dos nuevas clases de afiliados con los nombres de *donados* y *prebendarios*, á quienes confió la delicada mision de manejar los negocios exteriores de las comunidades á que pertenecian.

La órden de los Cartujos ha marchado siempre tan unida que no hay memoria de haberse turbado su union mas que una vez.

Diremos con qué motivo.

Acababa de morir Gregorio XI, en 1378, y todos saben que entonces aparecieron dos papas: Clemente VII en Aviñon y Urbano VI en Roma. El cisma que dividió á la Iglesia alcanzó á los Cartujos que reconocieron unós al primero y otros al segundo. Urbano, que tenia de su parte á los italianos y á los alemanes, nombró visitador general de la órden á Juan de Barri, prior de la Cartuja de Frisult, que fué hecho general por el capítulo celebrado en 1382 en Roma y estableció su morada en la Cartuja de Florencia de la cual habia sido prior. Los Cartujos que obedecian á Urbano prosiguieron celebrando todos los años su capítulo general, lo mismo que los que obedecian á Clemente lo celebraban en la Gran Cartuja. Los primeros, despues de haberlo tenido en Roma en 1382, lo tuvieron al año siguiente en la Cartuja de Maubac, cerca de Viena en Austria; al otro año en Bolonia en Italia, y así los demás años en diferentes casas hasta 1394 que resolvieron celebrarlo en adelante en la Cartuja de San Juan de Seitz como la mas antigua de las que estaban unidas. Habian primero reconocido á Urbano VI y obedecian entonces

á Bonifacio IX que le habia sucedido. Habiendo muerto Juan de Barri el mismo año de 1391, pusieron en su lugar á Cristobal, prior de Maggiani con el título de vicario general, hasta el capítulo del año siguiente en que le nombraron general. Ejerció estas funciones durante seis años y murió en 1398. Despues de su muerte, los religiosos de la Cartuja de Seitz usando del mismo derecho que los de la Gran Cartuja, eligieron por general á Estevan Mazon, prior de la Cartuja de Milan, pero este no aceptó tal empleo mas que con la condicion de renunciar, cuando así lo exijiera el bien de la orden.

Por otra parte, los franceses, los españoles y los que estaban unidos con ellos, eligieron por general en 1402, despues de la muerte de Guillermo Rainaud, á Bonifacio Ferrer hermano de San Vicente Ferrer. Llegó en esto 1440. Gregorio XII y Benito XIII fueron depuestos en el concilio de Pisa y Alejandro V elegido papa por los padres de este mismo concilio. Todos los Cartujos se reunieron entonces para reconocerle como soberano pontífice: Bonifacio Ferrer y Estevan Mazon renunciaron cada uno á su cargo y eligióse por general á Juan de Griffomont prior de la Cartuja de París.

La union quedó por este medio restablecida en la orden.

Otra compilacion de los estatutos tuvo lugar en 1556 bajo el generalato de Bernardo Garasse. Algunos religiosos instruidos de las resoluciones del capítulo general promovieron leves disturbios en la orden empleando el crédito de los seculares para obtener algunas dispensas en las austeridades de sus prácticas. El capítulo general sin embargo no quiso acceder. Estos disturbios fueron causa de que los nuevos estatutos no se publicasen hasta 1584, despues de haber sido confirmados por tres capítulos generales, siguiendo la costumbre de esta órden, donde ninguna ordenanza hecha en los capítulos generales puede ser recibida y pasar por ley hasta despues de dicha formalidad.

Estos estatutos suprimieron los *rendus* y los *prebendarios* y añadieron algunas prácticas rigurosas á las antiguas. Han servido hasta el dia de ley á la orden.

Los *donados* se habian de recibir con la condicion de que vivirian en comunidad sin tener nada propio, debiendo la misma proveer á sus necesidades. Aunque seglares, llevaban sin embargo hábito religioso, que consistia en una túnica de color gris que llegaba hasta mas abajo de las rodillas y una especie de gorro de la misma tela les cubria la cabeza. Los dias de fiesta se ponian trajes largos como los legos, pero sin ceñidor, ni cogulla, ni capucha.

Esta orden ha dado á la Iglesia varios santos, siendo los principales San Hugo, obispo de Lincoln, San Antelmo, obispo de Bellay, San Estevan, el bien-

aventurado Ulrico y el bienaventurado Didier, los tres obispos de Die. Cuenta cuatro cardenales, Juan Neufchateau, en 1383, Nicolás de Albergoti, en 1447, Domingo de Buena Esperanza, en 1424, y, en 1605, Luis Alfonso de Richelieu, arzobispo de Lion y gran limosnero de Francia, sin hablar de Juan Birel, que habiendo sido propuesto por los cardenales para papa, despues de la muerte de Clemente VI, reusó el capelo como lo habian ya hecho otros Cartujos. Esta órden ha dado á la Iglesia setenta entre arzobispos y obispos, y no pocos prelados han dejado sus iglesias para abrazar este instituto. Cuenta no pocos escritores célebres, de los que es uno de los mas distinguidos Dionisio Rikel, llamado comunmente *Dionisio el Cartujo* y tambien el *Doctor estático*.

Se ha visto en distintas épocas á hombres superiores por su posicion y talento sepultarse entre los austeros y penitentes hijos de San Bruno, abandonando para siempre el mundo que habian cruzado en alas de la fama y de la gloria. Entre estos figura el célebre pintor Le Sueur, autor de *San Bruno delante de un crucifijo*, *San Bruno rehusando la dignidad episcopal*, *San Bruno distribuyendo sus bienes á los pobres*, *San Pablo curando á los enfermos*, y otras obras maestras, admiracion de los intelijentes y del mundo todo. Los primeros de los citados cuadros pertenecen á una galeria de veinte y dos lienzos que en 1645 recibió el encargo de pintar para la Cartuja de París.

Apenas Eustaquio Le Sueur habia añadido este brillante florón á su corona de artista, cuando la envidia, que no le dejaba respirar, redobló sus tiros. Despues de una lucha animada durante algunos años contra incessantes ataques, cayó en una profunda melancolía, rompió su pincel, renunció al mundo y fué á buscar un retiro por entre los Cartujos, cuyas simpatías le habian conciliado por completo su modestia, su dulzura y piedad, muriendo entre los monjes en 1655 consumido por la tristeza.

Refiérese que Le Brun, al visitarle en el lecho de agonía, dijo saliendo á uno de los que le acompañaban: — «La muerte me va á sacar una gruesa espina del pié.» Espresion espantosa que la posteridad se ha encargado de vengar.

Martin, undécimo general de la órden, dióla por símbolo una cruz colocada sobre un mundo, con esta divisa admirable de laconismo:

*Stat crux dum volvitur orbis.*

Contábanse ciento setenta y dos Cartujas, entre ellas cinco de mugeres (1).

(1) Debian los conventos de mugeres seguir las mismas observancias que los varones; pero en atencion al sexo se habian mitigado algunas prácticas, sobretodo la del silencio que no lo guardaban tan riguroso como los Cartujos.

Estaban divididas en diez y seis provincias que tenían cada una dos visitadores, elegidos todos los años por el capítulo general.

Los monasterios mas célebres eran los de Bolonia, Parma, Friburgo en Brisgaw, Colonia, París, Nancy en Lorena, Gaillon en Normandía, Pavia en el Milanesado, y Nápoles. Esta última Cartuja, aunque pequeña, sobrepujaba á todas las otras en adornos y en riquezas. Era mas bien un palacio que un monasterio. Baste decir que los religiosos de esta casa emplearon, bajo un solo prior, mas de quinientos mil escudos en pinturas, dorados, esculturas y adornos de plata. Allí no se veía en la iglesia y en la casa mas que mármol y jaspero. El claustro era todo de finísimo mármol de Carrara con infinidad de vasos, pedestales, frisos, estatuas y otras obras, sostenido todo por sesenta columnas de mármol blanco. El cementerio de los religiosos, que estaba en medio, veía correr á su alrededor una magnífica balaustrada de esquisito trabajo. El pavimento del claustro era de varias clases de mármoles, lo mismo que una galería conduciendo á un balcón desde donde se gozaba de una de las mas bellas vistas que haya en Europa; esta galería cubierta de naranjos, limoneros y flores olorosas de toda especie guiaba á la habitacion del prior donde el mármol, el oro y las pinturas que le cubrían enteramente, hacian creer que, mejor que un aposento de un pobre religioso, era la morada de un príncipe.

Ay! vanidad de vanidades! cuánto distaban estas suntuosas, estas opulentas Cartujas de los siglos XVIII y XIX, de la gran Cartuja tan desierta, tan desamparada y pobre cuando el virtuoso Bruno y sus cinco compañeros se refugiaron allí huyendo de los placeres y de las riquezas, mostrando unos rostros pálidos ciertamente por los ayunos y vigias, pero marcados ya con el sello de los elejidos de Dios!....

No fué la España la nacion en que menos prosélitos encontraron los rígidos preceptos de los Cartujos. Diez y seis ó diez y ocho monasterios se contaban situados todos en desiertos ó lejos de las principales poblaciones, siendo su casa primera en nuestro reino la de Scala Dei en Cataluña, fundada en 1163. Hija de esta fué la famosa *Cartuja de Miraflores* que vamos á visitar, y en la que nuestros lectores gustarán sin duda que nos detengamos unos breves instantes.

Hay allí demasiado grandes recuerdos para que pueda pesarles.



*Cartuja de Miraflores (Burgos)*

III.

VISITA AL MONASTERO

«Entre los monumentos que uniendo á la magnificencia de nuestros reyes el esplendor de la religión y de las artes, honraban el catolicismo nacional, es muy digno de atención el monasterio de Cartuja conocido bajo el nombre de *Miraflores* distante media legua de Burgos con dirección á Levante. Ora le consideramos en sus tiempos primitivos como palacio real, fundado para hospedaje de los monarcas de Castilla, ora como un asilo de meditacion y de oracion. Segun que la piedra de los muros reupiera bajo sus consagradas bóvedas á los huesos de San Bruno, aparece siempre interesante, majestuoso y digno de figurar al lado de los primeros edificios.»

Con este párrafo empieza el respetable escritor D. R. Monje una serie de artículos sobre esta Cartuja, artículos que abundan en datos demasiado minuciosos, en detalles demasiado peregrinos y en erudicion demasiado rara, para que nosotros podamos resistir al gusto de recurrir á ellos como á un rico y abundante manantial.

Cuando dominaba en Castilla ese rey, el tercero de los Enriques, el de la caballéresca corte que Larra se ha encargado de immortalizar en su *Macías*, la frondosa vega del Arlanzon se veia enriquecida cada primavera con millares de flores y con la vegetacion mas rica, mas grata, mas variada que darse pudiera. Allí los árboles que entretrejian sus ramajes como dos amantes que se besaban con los brazos; allí las alfombras de verdura que se deslizan por las faldas de las colinas como rios de esmeraldas y por entre los cuales